

LA OPORTUNIDAD DE LEGITIMAR LAS VENTAJAS DE SOCIALIZACIÓN EN LOS BARRIOS OBREROS



Por Norah Barranco

Socióloga Universidad de Granada
Experta en temas de motivación y autoestima
Creadora del espacio radiofónico: noradrenalina

El proceso de socialización en el que desarrollamos los primeros años de nuestra vida es fundamental para arraigarnos a una forma de ser, de estar y de relacionarnos con el mundo para el resto de nuestra vida. Eso no quiere decir que este sea determinante en términos absolutos, pero sí sienta las bases de nuestro carácter y nuestra personalidad, que es el yo social con el que vamos a lidiar para encontrar nuestro lugar en el mundo.

Se ha escrito largo y tendido sobre el determinismo de los barrios obreros que, en algunos casos, son “estereotipados” como marginales. Se habla de ellos como lastre para el éxito social de los individuos que los habitan. Pero, como todos los estereotipos, no dejan de ser verdades en blanco y negro que niegan los matices que las ventajas e inconvenientes de cada situación pueden mostrarnos si ahondamos en sus intrincados mecanismos relacionales.

Los inconvenientes son de todos conocidos. Las ventajas no tanto y de eso quería hablarles. Es probable que las infraestructuras, zonas verdes, servicios sean mucho más deficitarios que en las zonas de clases sociales más altas, pero los mecanismos de relación son completamente diferentes y

en muchos casos, facilitadores de un sentimiento de arraigo mayor que generan emociones de marcado carácter pseudofamiliar.

Las experiencias que me permiten escribir con tanta certeza sobre el tema se basan en la observación participante realizada a lo largo de los años en barrios de cinco ciudades y pueblos andaluces. La realidad de los barrios, llamémosles “obreros”, se establece en torno a unas pautas de conducta que están basadas en la calle como espacio común habitual, como prolongación del propio hogar. Así, por ejemplo, encontramos situaciones de “educación compartida” por parte de los adultos. Generalmente los menores que habitan estas zonas, al pertenecer a familias con menor poder adquisitivo, usan los espacios públicos desde edades tempranas para jugar. Pero el juego no sólo es un entretenimiento, es también un entrenamiento para el mundo adulto, con lo que el aprendizaje de las relaciones sociales entre iguales crea normas espontáneas entre los participantes, que en muchas ocasiones surgen del consenso. No siempre sucede así pero la rápida integración del líder grupal genera en los menores un conocimiento de este rol que, a la larga y en su vida adulta, hará que sus relaciones con los distintos líderes que aparezcan en sus vidas sean menos dispares y con ello aprenden a defender los límites de sus capacidades.

También es cierto que el sentido de la frustración se desarrolla de manera más temprana, los conflictos “callejeros” nos preparan para el mundo adulto, eso no quiere decir que sea deseable, pero desgraciadamente ese es el mundo que van a heredar los menores y cuanto antes aprendan a relativizar la frustración, mucho mejor para su posterior felicidad. En este espacio de juego, los barrios a los que hacemos mención, cuentan con la figura de los adultos, más allá de la filiación familiar: cualquier adulto que observe las posibles temeridades de un menor está legitimado para velar por la seguridad grupal. La razón es bien sencilla: existe una solidaridad implícita, una especie de conciencia de clase del barrio.

La idiosincrasia de estos sectores de población presume de conocer al resto de los vecinos y vecinas, las disputas se dirimen en la calle, las necesidades son compartidas, las carencias son comunes, la capacidad de compartir es por tanto una seña de identidad. No sólo son los menores los que ocupan “la calle”, también los mayores que usan este espacio como lugar de encuentro para descansar a la caída de la tarde, para organizar repentinas “fiestas” con cualquier motivo, para pedir ayuda “a gritos” si es necesario en caso de una emergencia, para solicitar el ingrediente que falta para la comida o, simplemente para escuchar siempre un “buenos días” o “buenas noches” que genera la confianza en que “no se está a solas en el mundo”.

A diferencia de los barrios con mayor status, la competitividad social es mucho menor, incluso en causa de orgullo grupal que alguien del barrio destaque en cualquier disciplina, puesto que ese es un motivo de legitimación social de que el “estereotipo” de ese barrio puede ser vencido, creando referentes y modelos positivos de superación personal entre los habitantes del mismo.

Cuestiones casi olvidadas en grandes urbes, o en otras zonas pueden ser: saludar en cada encuentro al vecindario, preocuparse por la salud de la familia, cuidar a menores de otras familias en caso necesario, crear espacios espontáneos de convivencia en plazas, fomentar la creatividad para adecuar los espacios públicos para suplir las carencias de infraestructuras, inventar alternativas al ocio (desde campeonatos de dominó en la calle, hasta talleres de costura u otras manualidades que se heredan de las personas mayores del barrio, entrenamientos intergeneracionales del juego de petanca...o mil más que podría enumerar)...cuestiones básicas y cotidianas como ayudar a subir la bolsa de la compra al vecindario. Algo así como “Hoy por ti, mañana por mí”, claro que eso no sería factible si no se conocieran entre ellos y ellas, con lo que pasamos al principal inconveniente: el sentido de la privacidad e intimidad está mucho más limitado porque cualquiera puede conocer las vidas ajenas y opinar sobre ellas. Todo tiene sus ventajas e inconvenientes.

Tanto el sentido del arraigo, como el del modelado social desde la infancia, como el de la solidaridad espontánea, como el de la creatividad, como el de la convivencia intergeneracional en los espacios públicos ofrecen una ventaja fundamental que desmitifica el tópico sobre la falta de oportunidades sociales del barrio: la autoestima grupal.

Quizá la visión que ofrezco es demasiado idílica, se trata de compensar los ríos de tinta que han fluido en la dirección contraria amenazando a los “barrios” con el riesgo de gueto, violencia y consumo de drogas, pero insisto en que no siempre tienen que responder a esos criterios, que en algunos casos son maniqueos o minoritarios, si damos la oportunidad a la población para que dejen de sentir que están determinados por su origen y así puedan desarrollar una vida sana y normalizada.

Recordar a estas gentes sus ventajas, puede ser un buen antídoto contra la “profecía que se autocumple”...Con probar no se pierde nada ¿no?